

*El Oriente desplazado.  
Los intelectuales y los orígenes  
del tercermundismo en la Argentina*

Martín Bergel. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2015, 354 pp.

Esta obra es el fruto de una exhaustiva y decantada tesis doctoral defendida en 2010. Se propone reconstruir un fenómeno relativamente inadvertido en la historiografía: el ingreso y la difusión en la Argentina de una imagen de Oriente distinta a la que cargaban consigo las representaciones tradicionales o clásicas del siglo XIX, afectadas por la idea del retraso y el primitivismo, envueltos en los marcos del exotismo y la extrañeza. En su lugar, aunque de un modo sinuoso, dada la crisis de Occidente ambientada antes y después de la Gran Guerra, otro Oriente asomó y luego se afirmó en los círculos culturales y en parte de la opinión pública; se abrió entonces a otros caminos más o menos eficaces para pensar y repensar el colonialismo, el nacionalismo y el Tercer Mundo.

Martín Bergel da con este libro una vuelta más al enfoque inaugural de Edward Said que en 1978 dio al *orientalismo* una función bastante clara en la reconstrucción de la llamada *subalternidad*. La deriva de esta noción de Oriente en Argentina pone en duda, con la investigación de Bergel, la validez universal de aquella interpretación y coloca en su lugar otra, amortiguadora y también necesariamente global.

Se trata, en efecto, de una contribución a la historia global, hecha más allá de la trama endógena de sociedades nacionales y volcada a la apreciación de los flujos y dinámicas transnacionales, transregionales e intercontinentales. Las bases técnicas y materiales del empuje globalizador, el peso de la prensa y de la cultura escrita en las mediaciones sociales e intelectuales sirvieron de marco y estímulo a esta inversión del sentido de Oriente, a su erección como asunto cultural y político producida durante el agitado tránsito entre los dos siglos.

El primer paso de la obra es la reconstrucción del prisma que gobernaba las ideas sobre Oriente en los letrados argentinos del siglo XIX (la generación del 37, los románticos y en particular Sarmiento). Esa matriz fue perforada entre fines del siglo XIX y el desquite de la Gran Guerra, en estrecha relación con la mutación tecnológica globalizante, la aceleración de la descolonización y el desarrollo de nuevas y potentes sensibilidades anticolonial, teosófica, modernista.

Con mayor detalle, el libro se aplica luego al examen del tramo entre la Gran Guerra y 1930, coyuntura histórica decisiva para observar el derrumbe de la centralidad europea occidental. Allí se aprecia, ya claramente instalado en el debate argentino (en la prensa, en las revistas, en las prédicas socialistas y comunistas, en los vientos que animaron la reforma universitaria) el modo como el antimperialismo sintonizó con las luchas anticoloniales de Asia y África y con un tan real como imaginario «despertar» del Oriente. Sobre esta base, Bergel investiga luego los vínculos entre la nueva sensibilidad de los reformistas y un Oriente espiritualizado, estilizado, hecho patente con la visita de Tagore en 1924, con la difusión de temas y autores orientales y con «la americanización del orientalismo» a partir de las definiciones y acciones de Vasconcelos, Haya de la Torre y Mariátegui. Finalmente, el movimiento no fue unánime ni incontestado: el autor reconstruye una reacción antiorientista de parte de los intelectuales nacionalistas católicos partidarios de la cultura europea a la que veían amenazada.

Bergel sabe bien que el orientalismo es un objeto discursivo peculiar, lleno de implicaciones y compromisos, proliferante y ubicuo. Su referencialidad es casi siempre elusiva, ambiental, es un tema, un lote de incitaciones, estímulos, propensiones. Rasgos todos que hacen de la *inversión* una realidad nunca del todo consumada. Esta es su primera victoria analítica, plena en matices, sobre las versiones más estáticas y omniabarcadoras de Said. Más decididamente, su dispositivo de comprensión se arriesga a explorar entre coordenadas hospitalarias y a la vez exigentes: las *condiciones* de producción y recepción, los *productos* concretos (libros, viajes, crónicas) y los *sportes* tecnológicos (telégrafo, fotografía). El resultado es de gran interés conceptual y heurístico, con desarrollos autónomos o utilizables para otros propósitos, como es el caso de su análisis de las múltiples transiciones que lograron entonces remover las referencias clásicas de espacio y de tiempo y sin las que la inversión orientalista es difícilmente pensable. Esta persuasiva puesta en escena puede incluso llevar a pensar con algún fundamento en el *Oriente* como un *encuentro* necesario y no solo como una *búsqueda* originada en la ensoñación que alimenta la crisis de Occidente.

Entre varias, tres incitaciones problematizan la lectura de este libro: 1) la crónica, la retórica del viaje, la prosa de corresponsal —fuentes inescusables en esta investigación— imponen el espacio oriental, dan una versión de lo lejano/ajeno que consagra una ventaja del narrador/escritor sobre el lector, y lo afirman en el campo autónomo de la estética moder-

nista. Más allá de tales desarrollos creativos, hubo traducciones *del* Oriente, experiencias *con* Oriente que no siempre resultan asimilables a este cuadro general, aunque lo confirmen desde sus márgenes (la vida y la obra de Richard Francis Burton expresan esta posibilidad); 2) hay también figuras desconcertantes, llenas de interés para esta problemática. Rodó puede aportar elementos de comprensión por cuanto ambientó algunas de sus ideas e ideales filosóficos y estéticos «en un Oriente indeterminado» y porque el arielismo inspiró fuertemente a los reformistas universitarios que conectaron con Oriente y sus inversiones de sentido. Lugones, en cambio, nos arroja a preguntas que desordenan de un modo estimulante la escena montada por Bergel: ¿qué puede hacer con Oriente un señor que fue anarcosocialista, nacionalista autoritario, descreído de sí hasta el límite, un intelectual que «entronizó» —palabra de O. Terán— a *Martín Fierro* como narrativa fundante de lo nacional, y al gaucho como el héroe derivado de un pasado grecolatino, Oriente de algún

modo?; 3) puede ser útil, en el futuro, abundar en una diferencia entre tercerismo y tercermundismo, este último referencia fuerte del trabajo. La raíz parece común hasta que caemos en la cuenta de que hubo un tercerismo, un primer corte que fue tercera de católicos (a derecha e izquierda) y que sería capaz de enlazarse —juntos o separados— con el nacionalismo y el socialismo. Esa tercería católica fue antes que nada antimoderna y no conocemos bien lo que el Oriente revisado pudo haberle aportado.

Con este libro de Martín Bergel, una vez más nos hallamos en presencia de una historiografía madura en la que mirarse, que dialoga con el mundo de la historia global, que está sostenidamente bien escrita, que es generosa con las fuentes que descubre y maneja, que se coloca en la huella de los confesos magisterios y aquí justificados de Terán, Gorelik, Altamirano, Myers y Tarcus.

José Rilla  
Universidad de la República y  
Universidad Claeh